

ACTO QUINTO

Salón del palacio de Falklend.—A cada lado una gran puerta; en el fondo otras y dos vidrieras de otros tantos balcones.—A la izquierda en primer término una mesa, y recado de escribir.—Sobre la mesa dos bujías encendidas.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA, envuelta en una capa y debajo un traje de baile;
FALKLEND

FAL. (*Dando un abrazo á su hija.*) ¿Cómo estáis ya?

CAR. Gracias, señor; estoy mejor.

FAL. Tu extraordinaria palidez me había asustado; creí que te caías en medio del baile, delante de todo el mundo.

CAR. Ya sabéis que yo hubiera preferido estar-

me aquí; pero vos, á pesar de mis ruegos, habéis querido que fuese.

FAL. Cierito: ¿qué no se hubiera dicho de tu ausencia? ¿No era bastante que se hubiese enterado ayer todo el mundo de tu turbación cuando encontraron en casa á ese joven? No era cosa, me parece, de que creyesen las gentes que tus penas te impedirían asistir á la fiesta.

CAR. ¡Padre mío!

FAL. Que estaba por cierto magnífica. ¡Qué lujo! ¡Qué suntuosidad! ¡Qué multitud! No necesito más pruebas de la seguridad, de la firmeza de nuestro poder: por fin hemos fijado la suerte; nunca ha estado la conde-

sa más seductora; ¡se veía brillar en sus ojos el orgullo del triunfo! A propósito, ¿has reparado en el barón de Geler?

CAR. No, señor.

FAL. ¿Cómo no? Ha abierto el baile con la condesa, y parecía todavía más satisfecho de esta predilección que de su nueva dignidad de ministro; porque le han nombrado... Sucede inmediatamente al conde de Rantzau, que á fuer de hábil nos deja, y se va cuando viene la fortuna.

CAR. No son muchos capaces de hacer otro tanto.

FAL. Sí; ¡siempre le ha gustado singularizarse! así es que no le hemos guardado por eso ningún rencor. Que se retire, que haga sitio á otros; ha concluído, y la corte, que teme su talento, se ha considerado muy afortunada en darle un sucesor.

CAR. A quien no teme.

FAL. ¡Precisamente! ¡á un caballero amable y galante como mi yerno!

CAR. ¡Vuestro yerno!

FAL. (*Con severidad y mirando á Carolina.*) Sin duda.

CAR. (*Con timidez.*) Mañana os hablaré, señor, acerca del barón.

FAL. ¿Y por qué no ahora mismo?

CAR. Es tarde, la noche está muy adelantada; y además no estoy enteramente restablecida de la conmoción que he experimentado.

FAL. Pero, ¿cuál ha sido la causa de esa conmoción?

CAR. ¡Ah! eso sí puedo decíroslo. Nunca me he hallado tan sola ni tan aislada como en esa fiesta, y al notar la alegría que brillaba en todos los semblantes no podía creer que á algunos pasos de allí seres desgraciados gemían acaso entre cadenas... Perdonadme, padre mío; esta idea era superior á mis fuerzas, y me perseguía por todas partes. Cuando el marqués de Ostén se acercó á Estruansé, que estaba á mi lado, y le habló al oído, no entendí bien lo que dijo; pero Estruansé parecía estar impaciente, y por fin se levantó diciendo: «Es tiempo perdido, señor marqués: no puede haber piedad para los delitos de alta traición; no lo olvidéis.» El marqués entonces se inclinó, respondiéndole: «No lo olvidaré, excelentísimo señor, y acaso no tardaré en tener ocasión de recordároslo.»

FAL. ¡Qué insolencia!

CAR. Este incidente había reunido algunas personas á nuestro alrededor y oí confusamente estas palabras: «El ministro tiene razón: es preciso hacer un ejemplar.» «Sí, —decían otros,—pero condenarle á muerte!...» ¡Condenarle! al oír esta palabra, un frío mortal se difundió por mis venas, se me puso un velo delante de los ojos, y sentí que mis fuerzas me abandonaban.

FAL. Felizmente estaba yo cerca de tí.

CAR. Sí; era un terror absurdo y quimérico, lo conozco; pero, ¿qué queréis? Encerrada hoy todo el día en mi cuarto, á nadie había visto ni preguntado... Hay un nombre que no me atrevo á pronunciar en vuestra presencia, pero... ¿no es verdad que él no tiene por qué temer?

FAL. Seguramente... que no... tranquilízate.

CAR. Eso he dicho yo... es imposible... por otra parte, le prendieron ayer, no pueden haberle condenado hoy, y los pasos que habrán dado los suyos, y vuestra influencia misma, padre mío...

FAL. Por supuesto: como tú has dicho muy bien, mañana, querida mía, hablaremos de eso. Me retiro, te dejo.

CAR. ¿Volvéis al baile?

FAL. No: he dejado en él á Geler, que hará nuestras veces perfectamente, y que bailará probablemente toda la noche... No puede tardar mucho en amanecer; ya no me acuesto; voy á mi despacho á trabajar. ¡Hola! (*Jorge aparece en el fondo, y otro criado que toma una bujía.*) Vamos, hija mía, valor, ánimo. Buenas noches, buenas noches. (*Sale seguido de un criado.*)

ESCENA II

CAROLINA, JORGE

CAR. ¡Respiro! me había asustado sin razón; se trataría de otro sin duda. ¡Ah! se me figuraba que todos deben estar como yo, y no pensar más que en él.

JOR. Señorita...

CAR. ¿Qué hay, Jorge?

JOR. Hace gran rato que está ahí esperando una mujer que da lástima por cierto. Dice que, aunque le cueste esperar toda la noche, está resuelta á no salir de la casa sin haber hablado á la señorita privadamente.

CAR. ¿A mí?

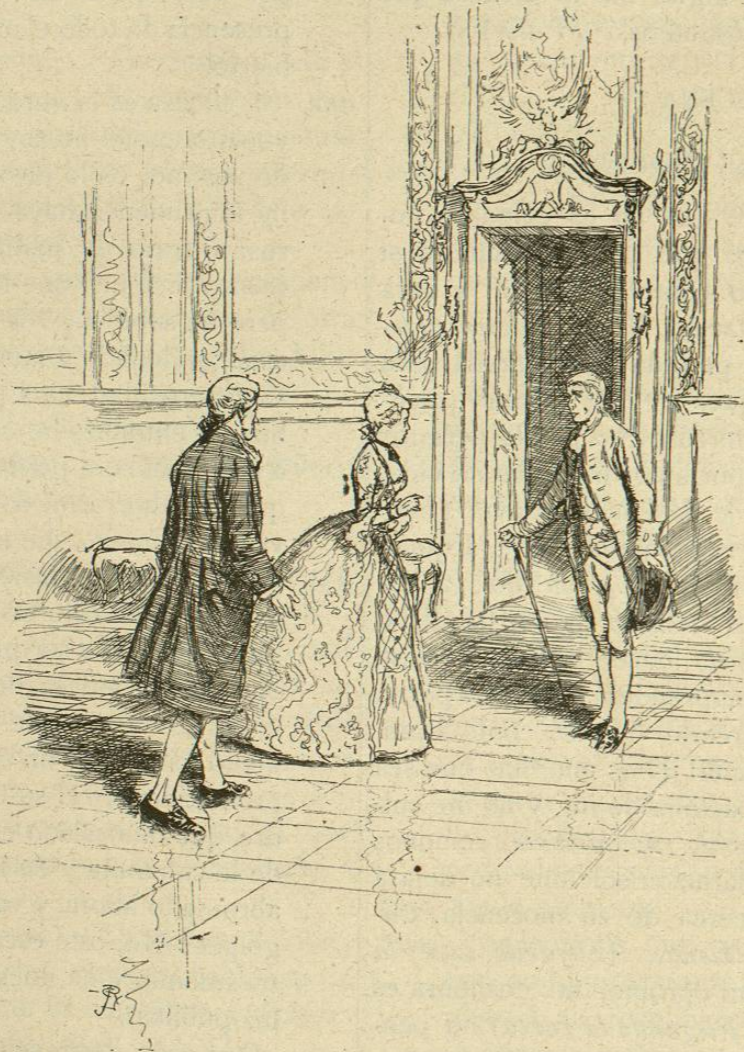
FAL. Quiero, á pesar vuestro, impedir vuestra perdición, y no os separaréis de mí. (*Cierra la puerta del foro. Carolina le sigue para detenerle, pero dirige una mirada á la vidriera, y da un grito.*)

CAR. ¡Ah! ¡la aurora, la aurora! he aquí la hora de su suplicio; si os detenéis, no hay esperanza de salvarle; sólo nos quedarán

nuestros remordimientos: ¡padre mío! ¡por Dios! os lo ruego á vuestros pies: ¡mi carta!

FAL. Dejadme... levantaos.

CAR. No; no me levantaré: he prometido su vida á su madre, y cuando venga á pedirme á su hijo, á quien vos habréis muerto, y á quien yo amo... (*Ademán de cólera de*



Falklend. Carolina se levanta rápidamente.) No; bien; no le amo ya; le olvidaré; faltaré á todos mis juramentos... seré la esposa de Geler... os obedeceré; (*Dando un grito.*) ¡ah! ese redoble, ese ruido de armas... (*Corre á la ventana.*) ¡Soldados! ¡un preso! él es... ¡le llevan al suplicio! ¡Mi carta! ¡mi carta! presto; enviadla; acaso es tiempo todavía.

FAL. Compadezco tu locura; he aquí mi respuesta. (*Rompe la carta.*)

CAR. ¡Ah! ¡esto ya es demasiado! vuestra crueldad rompe todos los vínculos que me unían

á vos. Sí; le amo; sí, y nunca amaré á otro... Si perece, yo no le sobreviviré... le seguiré... su madre al menos quedará vengada, y vos como ella os quedaréis sin hija.

FAL. ¡Carolina! (*Se oye ruido fuera.*)

CAR. (*Con energía.*) Oídmeme, oídmeme con atención: si ese pueblo que se indigna y que murmura se sublevase aún para salvarle, si el cielo, la fortuna, ¿quién sabe? la casualidad tal vez, menos cruel que vos, le sustrajese á vuestra venganza, os declaro aquí que no habrá poder en el mun-

do, ni aun el vuestro, que me impida ser suya: lo juro. (*Se oye un redoble más fuerte y gritos en la calle; Carolina da un grito y cae sobre un sillón ocultando su cara con las manos. En aquel momento llaman á la puerta del foro. Falklend va á abrir.*)

ESCENA VI

CAROLINA, RANTZAU, FALKLEND

FAL. (*Asombrado.*) ¡El conde de Rantzau en mi casa á estas horas!

CAR. (*Corriendo hacia él toda llorosa.*) ¡Ah! Señor conde, hablad, ¿es cierto?... el desdichado Eduardo...

FAL. Silencio, Carolina.

CAR. (*Fuera de sí.*) ¿Qué consideraciones he de tener yo ahora? Sí, señor conde, yo le amaba, yo soy la causa de su muerte, y yo me castigaré.

RANT. (*Sonriéndose.*) Perdonad; no sois tan delincuente como creéis; Eduardo existe todavía.

FAL. y CAR. ¡Cielos!

CAR. ¿Y ese ruido que hemos oído?...

RANT. Le causaban los soldados que le han salvado.

FAL. (*Queriendo salir.*) No puede ser; y mi presencia...

RANT. Pudiera aumentar acaso el peligro; así es que yo, que no soy nada, que nada aventuro, acudía á vuestro lado, querido y antiguo colega.

FAL. ¿Por qué razón?

RANT. Para ofreceros á vos y á vuestra hija un asilo en mi casa.

FAL. (*Estupefacto.*) ¡Vos!

CAR. ¿Es posible?

RANT. ¡Eso os asombra! ¿No hubierais vos hecho otro tanto por mí?

FAL. Os doy gracias por vuestra generosidad, pero antes de todo quisiera saber... ¡Ah! ¡el barón de Geler! Y bien, amigo mío, ¿qué hay? hablad presto.

ESCENA VII

CAROLINA, RANTZAU, GELER, FALKLEND.

GEL. ¿Qué diablos sé yo? es un desorden, una confusión. Por más que pregunto, como vos, ¿qué hay? ¿cómo se ha compuesto esto? todos me preguntan, y nadie me responde.

FAL. Pero vos estabais allí en el palacio...

GEL. Ya se ve que estaba: he abierto el baile con la condesa, y poco tiempo después de haberse retirado su excelencia, estaba yo bailando el nuevo minué de la corte con la de Thornston, cuando entre los grupos que nos miraban empiezo á notar una distracción que no era natural; no nos miraban ya, hablaban unos á otros en voz baja; circulaba por los salones un murmullo sordo y prolongado; dábanse prisa todos á recoger sus pieles y sus capas, y á tomar sus coches. ¿Qué es eso? ¿Qué hay? Se lo pregunto á mi pareja, que está de todo tan inocente como yo; y por fin sé por un lacayo pálido y consternado que la condesa acaba de ser presa en su cuarto de orden del rey.

FAL. ¿De orden del rey!... pues ¿y Estruansé?

GEL. Preso también, de vuelta del baile.

FAL. (*Con impaciencia.*) ¿Y Koller, ¡santo Dios! Koller, á quien estaba confiada la guardia?

GEL. Eso es lo más sorprendente y lo que me hace dudar de todo. Añaden que esas dos prisiones han sido ejecutadas, ¿por quién diréis? por Koller mismo, portador de una orden del rey.

FAL. ¿El...? ¿Koller vendernos? Es imposible.

GEL. (*A Rant.*) Eso es lo que yo he dicho; no es posible; pero entretanto se dice, se repite; la guardia de palacio grita: ¡Viva el rey! el pueblo, sublevado por Berton Burkenstaf y sus amigos, grita más fuerte todavía; las demás tropas, que habían hecho resistencia en un principio, hacen á la hora ésta causa común con ellos; por fin, yo no he podido entrar en mi casa, delante de la cual he visto un grupo amotinado, y me vengo aquí, no sin riesgo, y conforme me ha pillado, en traje de baile.

RANT. En la actualidad menos peligroso es ese traje que el de ministro.

GEL. De ayer acá no han tenido tiempo de hacerme el mío.

RANT. Podéis ahorraros ese dinero. ¿Qué os decía yo ayer? Todavía no há veinticuatro horas, y ya no sois ministro.

GEL. ¡Señor conde!

RANT. Lo habéis sido para bailar una contradanza, y después de un trabajo de esta especie necesitaréis algún descanso; os lo ofrezco en mi casa, (*Con viveza.*) así como á todos los demás, pues es el único asilo

donde podéis estar actualmente seguros; y no hay tiempo que perder. ¿Oís los gritos de esos furiosos? venid, señorita, venid... seguidme todos y vamos. (*En este momento se abren violentamente las dos vidrieras del fondo. Juan y varios marineros y hombres del pueblo aparecen en el balcón armados de carabinas.*)

ESCENA VIII

JUAN, RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER

JUAN. (*Apuntando.*) Alto ahí, excelentísimos señores; ¿adónde bueno?

CAR. (*Dando un grito y rodeando á su padre con sus brazos.*) ¡Ah, señor, soy siempre vuestra hija! lo soy al menos para morir con vos.

JUAN. ¡Encomendad vuestra alma á Dios!

ESCENA IX

JUAN, RANTZAU; EDUARDO, con el brazo izquierdo suspendido, arrojándose por la puerta del foro, y poniéndose delante de CAROLINA, FALKLEND y GELER.

ED. (*A Juan y sus compañeros, que acaban de saltar en la habitación.*) Deteneos, no haya muertos, no haya sangre; caigan del poder; eso basta. (*Señalando á Carolina, Falklend y Geler.*) A costa de mi vida los defenderé; ¡yo los protejo! (*Viendo á Rantzau y corriendo á él.*) ¡Ah, mi libertador, mi Dios tutelar!

FAL. (*Admirado.*) ¡El!... ¡el conde de Rantzau!

JUAN Y SUS COMPAÑEROS (*inclinándose*). ¡El conde de Rantzau! eso es otra cosa; es el amigo del pueblo, es de los nuestros.

GEL. ¡Es posible!

RANT. (*A Falklend, Geler y Carolina.*) Sí, señor; amigo de todo el mundo; preguntádselo sino al general Koller, y á su digno aliado el señor Berton Burkenstaf.

TODOS. (*Gritando.*) ¡Viva Berton Burkenstaf!

ESCENA X

JUAN y sus compañeros, EDUARDO; MARTA, entrando la primera y abalanzándose á su hijo, á quien abraza; BERTON, rodeado del pueblo; RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER. Detrás de ellos KOLLER; y en el fondo pueblo, soldados, magistrados, gentes de la corte.

MAR. (*Abrazando á Eduardo.*) ¡Mi hijo! ¡herido! ¡está herido!

ED. No, madre mía, no es nada. (*Le abraza varias veces mientras el pueblo grita: ¡Viva Berton Burkenstaf!*)

BERT. Sí, amigos míos, sí; por fin hemos triun-

fado; gracias á mí, que en servicio del rey todo lo he conducido y dirigido: me glorió de ello.

TODOS. ¡Viva!

BERT. (*A su mujer.*) ¿No oyes, mujer? Ha vuelto el favor.

MAR. ¿Qué me importa á mí? ya no pido nada; ya tengo á mi hijo.

BERT. ¡Silencio, señores, silencio! Tengo aquí las órdenes del rey, órdenes que acabo de recibir en este instante; nuestro augusto soberano tenía puesta en mí toda su confianza.

JUAN. (*A sus compañeros.*) ¡Tiene razón el rey! (*Señalando á su amo, que se saca de la faltriquera la orden.*) Parece que no, pero ¡qué cabeza! Ya sabía él lo que se hacía cuando tiraba el oro á manos llenas... (*Con alegría.*) Porque de veinte mil florines no le queda nada, ni un rixdaler.

BERT. (*Abriendo el pliego y haciéndole señas para que calle.*) ¡Juan!...

JUAN. Bien, nuestro amo. (*A sus compañeros.*) Y si la cosa hubiera salido al revés, todos hubiéramos olido á cordel, él, su hijo, su familia, y los mancebos de su tienda.

BERT. ¡Juan, silencio!

JUAN. Bien, nuestro amo. (*Gritando.*) ¡Viva Burkenstaf!

BERT. (*Con satisfacción.*) Bien está, amigos míos, bien; pero escuchad. (*Leyendo.*) «Nos Cristiano VII, rey de Dinamarca, á nuestros fieles vasallos y habitantes de Copenhague, salud. Después de haber castigado la traición, réstanos recompensar la fidelidad en la persona del conde Beltrán de Rantzau, á quien, bajo la regencia de nuestra madre la reina María Julia, nombramos nuestro primer ministro.»

RANT. (*Con aire modesto.*) ¡Yo que pretendo retirarme de los negocios!...

BERT. (*Con severidad.*) ¡Imposible, señor conde! el rey lo manda; es preciso obedecer. Dejádme acabar, os ruego. (*Leyendo.*) «En la persona del conde Beltrán de Rantzau, á quien nombramos nuestro primer ministro, (*Con énfasis.*) y en la de Berton Burkenstaf, comerciante de Copenhague, á quien nombramos en nuestra casa real (*Bajando la voz.*) primer mercader de sedas y proveedor de la corona.»

TODOS. ¡Viva el rey!

JUAN. ¡Magnífico! Pondremos las armas reales sobre nuestra tienda.

BERT. (*Haciendo un gesto.*) ¡Linda recompensa! ¡y al precio que esto me cuesta!...

JUAN. ¿Y yo, aquel destinillo que me habíais prometido?

BERT. Déjame en paz.

JUAN. (*A sus compañeros.*) ¡Qué ingratitud! yo que lo he hecho todo, ¡de esta suerte me pagan!

RANT. Puesto que el rey lo exige, fuerza es obedecer, señores, y tomar uno sobre sus hombros una carga que harán más ligera, como lo espero, (*A los magistrados.*) vuestros consejos, y el aprecio de mis conciudadanos. (*A Eduardo.*) Por lo que hace á vos, caballero, que en esta ocasión habéis corrido los mayores peligros, se os debe también alguna recompensa...

ED. (*Con franqueza.*) Ninguna, señor; ahora puedo decírselo, á vos solo... (*A media voz.*) jamás he conspirado.

RANT. (*Imponiéndole silencio.*) Bien, bien; esas cosas no se dicen nunca, sobre todo después.

ED. (*Señalando á Carolina.*) El único premio..

CAR. ¡Eduardo!

RANT. Arreglaremos eso: mi antiguo colega acaso vencerá ahora su repugnancia.

BERT. (*Tristemente.*) ¡(Proveedor de la corona!)

MAR. Ya debes estar contento, ¿no era eso lo que deseabas?

BERT. ¡Qué diablos! ya lo era de hecho: sino que antes proveía á dos cortes, la de la reina madre y la de la condesa; y derribando á una pierdo la mitad de mi parroquia.

MAR. Y has aventurado tu fortuna, tus bienes, tu vida, la de tu hijo, que está herido, y acaso peligrosamente, ¿y todo para qué?

BERT. (*Señalando á Rantzau y Koller.*) Para otros, que se llevan la prebenda.

MAR. ¡Y luego haga usted conspiraciones!

BERT. (*Alargándole la mano.*) Se acabó; en lo sucesivo las veré pasar, ¡y lléveme el diablo si me vuelvo á meter en otra!

TODO EL PUEBLO. (*Rodeando á Rantzau, é inclinándose delante de él.*) ¡Viva el conde de Rantzau!!!

FIN DE LA COMEDIA